

LA CHINACA



PERIODICO ESCRITO UNICA Y ESCLUSIVAMENTE PARA EL PUEBLO.

CONDICIONES.

Este periódico se publica dos veces por semana, miércoles y sábados; vale un octavo de real cada número, y para los repartidores un real la docena. Se vende en la librería de D. José María Aguilar, calle de Santo Domingo.

CHINACA

Somos deatiro chinaca;
Escribisco en chinaco,
Y á todo el que asoje tlaco;
Lo diremos toma y daca.

No es nuestro ánimo lucrar,
Sí decir nuestra opinion,
Y con ella entusiasmar
A todita la nacion.

Para batir al gabacho,
Cierto lo lo necesita,
Desque nos hizo visita
El Sr. marqués borracho.

Pero nunca está de mas
Dar unas cuantas plumadas
No cultas ni delicadas,
Sino entusiastas no mas.

Entiéndanos los chiracos
Que saben dejar el cuero;
Idése el infierno entero
De los críticos bellacos.

Queremos chinaca ser,
Para el chinaco escribir,
Que al tratarse de morir
Matsado lo sabe hacer.

No pretendan nuestro amor
Las damas de crinolinas;

Sen nuestras novias las chinacas
Con enaguas de castor.

Que ya no queremos dengues,
Ni sonrisas, ni mitadas,
Ni desdenes, ni monadas,
Ni pintura y perendengues.

Queremos lo natural
Como tata Dios lo hizo,
Que no haya nada postizo
Y que viva el chibacal.

LEALTAD DE LA FRANCIA.

Hay en el mundo una nación grande é ilustrada; sus hijos derramaron su sangre por la libertad y la reforma; su idioma es el idioma universal; sus armas combatieron mas de una vez para ayudar á la emancipación de un pueblo, y sus gloriosos pendones han sido siempre la esperanza del que gime bajo el yugo de una odiosa tiranía.

Hoy, esa nación ha mandado á nuestros puertos sus escuadras; no á coadyunar á nuestra independencia ni á ayudarnos á la consumación de la reforma; no, esas dos gloriosas conquistas las obtuvo México sin auxilio extraño, y sin cometer los crímenes que han manchado á otros pueblos al adquirirlas; la Francia viene á dispensar su protección á un mexicano traidor, y su contacto la hace aparecer bárbara y desleal.

Se nos hizo pasar ante la Europa como unos salvajes desnudos de sen-

timientos y civilización; se ponderó el riesgo que corrían entre nuestras manos sanguinarias los súbditos europeos; y tres naciones poderosas se unieron, celebraron un tratado en Londres y se dirigieron á nuestro país por compasión, por humanidad: venían á constituirnos, á darnos una paz duradera y á asegurar para el futuro el pago de sus créditos. Llegan á nuestros puertos; qué diferencia! donde creían encontrar una horda de comanches, hallan una nación civilizada; sus ideas cambian, entran en contestaciones con nuestro gobierno, y se firman unos preliminares de arreglo.

Todo iba bien, el pago de nuestras deudas se aseguraba para el porvenir; nuestras relaciones de amistad y de comercio con esas naciones volverían á entablarse y México seguiría su rápida marcha hácia el progreso sin encontrar el menor obstáculo en su camino.

Pero un mexicano traidor, uno de esos hijos bastardos que los grandes hombres engendran para su vergüenza, tenía hace tiempo una ambición que saciar; que cumplir una idea que había ocupado toda su vida, y para lograrlo quiso unirse á los extranjeros que invadían su patria. Los franceses lo acogieron.

Las naciones aliadas habían apelado á la humanidad de los mexicanos, para que se les permitiera la ternación en algunas de nuestras